

„res, continua el Orador, nada igualó jamas á la
 „firmeza de su alma, ni á ese valor apacible que
 „sin esfuerzo para elevarse, se encuentra por su
 „natural situacion muy mas allá de los aconteci-
 „mientos mas terribles. Si; MADAMA fué dulce
 „hacia la muerte, como lo habia sido hácia el
 „mundo; su gran corazon ni se irritaba, ni se arre-
 „bataba contra ella. No la desafió con fiereza,
 „contenta con mirarla sin sobresalto y recibirla
 „sin turbacion. ¡Triste consuelo, pues que á pe-
 „sar de este grande ánimo la hemos perdido! Tal
 „es la gran vanidad de las cosas humanas. Des-
 „pues de que por el último esfuerzo de nuestro
 „valor nos hemos sobrepuesto, digámoslo asi, á la
 „muerte, ella extingue en nosotros hasta ese valor,
 „con que pareciamos desafiarla. ¡He aqui, á pesar
 „de aquel gran corazon, á esta princesa tan ad-
 „mirada y tan querida! ¡Hela aqui tal como nos
 „la ha puesto la muerte! Aun ese resto tal como
 „está va luego á desaparecer; esa sombra
 „de gloria va á disiparse; y nosotros bien pronto
 „vamos á verla despojada aun de esta triste deco-
 „racion. Va á descender muy presto á esos luga-
 „res sombríos, á esas moradas subterranas, para
 „dormir en el polvo con los grandes de la tierra,
 „como dice Job; con esos reyes y esos príncipes
 „anonadados, entre los cuales apenas se la puede
 „colocar. ¡Tan oprimidos están alli los rangos, y
 „tan pronta la muerte para llenar esas plazas!
 „Pero aqui nuestra imaginacion nos engaña toda-
 „via: por que la muerte no nos deja bastante cuerpo
 „para ocupar algun lugar; y excepto los sepulcros,
 „nada se advierte alli que forme alguna figura.
 „Nuestra carne cambia muy pronto de naturaleza:
 „nuestro cuerpo toma otro nombre; aun el de
 „cadáver, dice Tertuliano, puesto que nos muestra
 „aun una forma humana, no le dura largo tiempo:
 „viene á ser un no sé que, el cual no tiene nom-
 „bre en ninguna lengua: ¡tan cierto asi es que to-
 „do muere en el hombre, hasta estos términos fú-

„nebres con que se designan sus miserables res-
 „tos!”

Antes de llamar la atencion sobre este rasgo sublime que viene á cerrar la primera parte del discurso, permitasenos hacer algunas ligeras reflexiones sobre la preparacion inmediata que tiene. Cada uno de estos pormenores supone una alma cuya elevacion ha podido suzuzgar digámoslo asi, todas las grandezas, y cuya filosofía ha seguido tan fielmente las pasiones, que para caracterizarlas hasta en sus diferencias mas tenues, basta un pensamiento, una idea, una palabra. Una ojeada menos perspicaz sobre el corazon del hombre habria distinguido en el arrojó toda la magnanimidad del heroe; pero Bossuet ha sabido encontrarla en un estado del espíritu muy diferente del arrebató de las pasiones. Un culto menos espiritual habria situado los límites del heroismo en el violento desafío de la muerte, mientras un culto nimiamente sensual mantendria en toda su fuerza los temores, sin abrir campo siquiera á la resignacion; pero el cristianismo, que como dice Chateaubriand, „no es la muerte del corazon sino su regla”, ha sabido elevar los nobles sentimientos, quitándoles al mismo tiempo aquella ruda fiereza que á veces nos disgusta en los heroes de la Iliada: para invitar la muerte con orgullo, basta estar privado del noble auxilio de la razon; para temblar á la vista de su imágen, basta una pusilanimidad femeníl; *mas para verla llegar sin sobresalto y recibirla sin turbacion*, se necesita el concurso de una alma verdaderamente ilustrada, y un pecho sostenido con toda la fuerza de la religion: tal es la idea que nos dá el orador del heroismo cristiano, idea en que resplandecen al mismo tiempo cuanto la filosofía tiene de mas profundo, y cuanto la moral tiene de mas sublime. Este tacto tan delicado para derramar los preceptos de la moral cristiana, entre las narraciones de un elogio, es por ventura la parte mas difícil, y lo que mas inimitable hace á

Bossuet en la oratoria fúnebre. Un discurso de esta clase en que á un rasgo biográfico sucediese una serie de pensamientos morales emitidos con absoluta separacion, estaria privado de todo interes y se haria insoportable por su ruda mediocridad. *Singula quæque locum teneant, sortita decenter*, decia Horacio, el mismo que hacia consistir la belleza en el órden, y el órden en el enlace y la oportunidad. Cuando se aplica pues directamente la moral á las costumbres, aquella constituye el todo del discurso; pero cuando ella debe brillar en los ejemplos, es imposible ofrecerla en trozos separados sin despojarla de toda su eficacia.

Al lado de este extremo hay otro igualmente pernicioso, el de una narracion desprovista de reflexiones morales: semejante discurso seria muy indigno de la magestad que debe resplandecer en la oratoria sagrada, seria nimiamente profano: porque la misma historia desprovista de la antorcha de la moral, es un cuerpo sin alma, una instruccion estéril y una obra sin objeto. Tocar pues en este medio tan delicado, como lo vemos en Bossuet, haciendo que la narracion sea oratoria y la moral esencialmente histórica, es haber circunscrito los límites de la perfeccion. ¡Cuantos documentos importantes, cuantas lecciones sublimes no puede recoger en estas pocas lineas, un entendimiento á propósito para sondear toda la profundidad que ellas encubren! ¡Este mismo valor, con que algunos se jactan en la situacion mas crítica del hombre, es el primer despojo que reconocemos con sorpresa entre los trofeos de la muerte!.... ¡Que pequeño es el hombre!.... ¡Con razon basta el estrecho recinto de un sepulcro para depositar juntamente todas las gracias de la juventud, todos los proyectos empeñados de la edad madura, los laureles que se entrelazan con las cañas del guerrero, los vastos designios del diplomático orgulloso, el terrible poder de los monarcas y cuanto la gloria ostenta de mas atractivo! *He aquí á pesar de aquel*

gran corazon, á esta princesa tan admirada y tan querida. El alma se asusta con este espectáculo, y á la vuelta de su sorpresa se siente combatida por una desazon amarga que la devora, por una tristeza profunda que la consume. Pero al fin, aun tenemos una idea que nos consuela: las memorias de una vida tan ilustre se mantienen en toda su frescura: el mismo aparato de grandeza que honra su féretro es una ilusion extraordinaria que entretiene nuestro dolor: creemos que aun vive: ¡tal es la impresion que excita la magnificencia aun en el templo de la muerte! ¡Vana esperanza! *Aun ese resto, tal como lo estamos viendo, va á desaparecer: esa sombra de gloria va á disiparse, y el objeto de nuestro piadoso delirio será muy pronto despojado de esa triste decoracion.* ¡Cuan fino, cuan delicado, cuan filosófico al mismo tiempo es llamar á las ricas decoraciones que adornan estas tumbas una *sombra de gloria!* A un anuncio de esta naturaleza sucede el decaimiento y languidez del que va viendo poco á poco estrecharse el círculo de la esperanza. Sin embargo, aunque despojada de todos los arreos fúnebres que descubren su rango, tenemos todavia el objeto á nuestros ojos. Pero ¡ay! este consuelo es momentaneo: una capa de tierra será el eterno velo que la oculte para siempre á nuestra vista con los *reyes y príncipes anonadados* á quienes muy pronto debe reunirse. Pasemos á los panteones ilustres: aun unos pasos mas, antes de perderla para siempre: mas aqui nos angustia la dificultad suma de que halle colocacion: *¡tan pronta está la muerte para llenar estas plazas!* La dejamos ya en el último reposo; pero de tiempo en tiempo volveremos á dejar caer algunas flores sobre su sepulcro: allí estan sus restos: nuestra imaginacion ardiente animará estos restos, y seducidos entonces por la mas grata de todas las ilusiones, creeremos que ella nos escucha, á tiempo de dirigirle nuestros homenajes. Triste consuelo, por cierto, pero el es la causa de esa melancolia dul-

ce, hija de las memorias caras, y que nunca parece respirarse mejor, que cuando, lejos del tumulto de las ciudades, gustamos de conversar con los ilustres muertos, ó en el silencio religioso de un cementerio ó entre la misteriosa y augusta calma de las ruinas. No, dice el Orador: *nuestra imaginacion nos engaña todavía: nuestra carne cambia muy pronto de naturaleza: nuestro cuerpo toma otro nombre. aun el de cadáver puesto que nos muestra aun una forma humana, no le dura largo tiempo: viene á ser un no sé que, el cual no tiene nombre en ninguna lengua: ¡tan cierto así es que todo muere en el hombre, hasta estos términos fúnebres con que se designan sus miserables restos!*

¿Que dirémos, despues de esto? ¿Quien es capaz de resistir á este poder soberano? Que corazon, por muy abierto á los placeres, es capaz de sobrevivir á esta pintura tan viva y espantosa de nuestra nada? Registrense todos los fastos de la elocuencia, léanse los escritos que mas han arrasado la universal admiracion: ¿cuando se ha mostrado la voz del hombre mas soberana? ¿Cuando la nada mas visible? ¿Cuando el hombre mas pequeño? Este es el golpe mas tremendo que la palabra evangélica ha podido lanzar sobre la grandeza y la gloria.

SEGUNDA PARTE.

DESPUES de un movimiento tan terrible, en que la nada del hombre se ha pintado y confundido con todo el poder de lo sublime, seria muy peligroso un tránsito violento á la pintura de su dignidad y á las nobles prerogativas de su grandeza. Si alguna vez se siente con mayor estrechez la importancia de una buena preparacion, y si hay una prueba muy difícil para el talento oratorio, será aqui, donde vamos á pasar del uno al otro en-

*

tre dos extremos opuestos. Si el Orador se difunde, la energia desaparece y notablemente se interrumpe la unidad que debe resplandecer en la composicion y en el estilo; mas al contrario, si se precipita, casi vemos cortarse el hilo de las ideas, aislarse del todo los sentimientos y desaparecer ese contraste moral eminentemente teológico, el cual consagra, digamoslo así, exclusivamente á su fin, toda la conducta del hombre en las diferentes situaciones de su vida. Si vemos huir entre el humo de la vanidad todas las acciones del hombre aun en el órden profano, para ocuparnos despues olvidándolas todas, en lo puramente espiritual y místico, nos veriamos precisados á proscribir como inútiles y vanas las vehementes y generosas tendencias que arrastran á los hombres á proteger los progresos de las ciencias, á distinguirse en el gobierno de los Estados y á sacrificarse en el campo de la gloria. ¿Y que resultaria de aqui? Que un zelo imprudente justificaria las calumnias de aquellos genios impios que han pretendido despojar á la religion cristiana de uno de sus mas notables caracteres, el de ser eminentemente social.

Pero si el tránsito se verifica, sin perder de vista el primer objeto, el orador nos conduce insensiblemente á cierto punto en que admiramos con sorpresa la reunion y armonia de dos cosas que nos parecian incompatibles. Vemos que tan admirables empresas, tan vastos pensamientos, tan heroicas y sublimes hazañas, fueron vanas en tanto que se consagraron al mundo; pero que adquieren solidez y se conservan con estabilidad en el rango de su grandeza, cuando sostenidas por la religion y animadas por la caridad, van á perderse en el seno de aquel que nos ha mandado amar en su nombre á la inmensa familia de todo el género humano.

A fin de obtener un resultado tan feliz, el Orador prepara el efecto de la segunda parte con la destreza de una perfecta transicion. Gradua de tal